

Doris Lessing

Un Casamiento
Convencional



En *Un casamiento convencional* explora las desventuras de una joven madre que sobrevive en medio de un conflicto bélico: Martha se embaraza y cae en la trampa de un matrimonio rutinario; la guerra inicia y el marido parte al frente de batalla. En Al final de la tormenta amplía su discurso político y antibelicista, Martha Quest, ya divorciada, se une a un grupo de jóvenes comunistas sudafricanos y se casa con un refugiado alemán; la novela también desarrolla el tema de la desilusión de la política militante comunista.

Primera parte

*—Si te hacen tan infeliz —dijo Alicia
—, no deberías hacer bromas.*

LEWIS CARROLL

1

Eran las cuatro y media.

Dos mujeres jóvenes bajaban paseando por la acera, a la sombra de los toldos que protegían los escaparates. A pesar de que la lona de los toldos era gruesa, el sol, sólo aparentemente contenido, llenaba de un brillo amarillento la larga arcada. Era casi imposible mirar hacia adelante, hacia la calle resplandeciente de sol, y resultaba igualmente desagradable fijarse en los escaparates, cuyos cristales producían confusos reflejos. Por eso iban paseando con la mirada baja, como si se estuviesen observando los pies. Sus rostros traslucían crispado cansancio. Una de ellas hablaba sin parar, sin que la otra atendiese y, desde luego, no era por falta de interés, sino por obstinación. Algo en ambas sugería que una fuese la guardiana y otra la pupila.

Finalmente, con molesta vivacidad, una exclamó:

—Matty, si no te das prisa, no llegaremos a tiempo al médico.

—Stella, pero si acabas de decir que todavía nos quedaba media hora —respondió Martha con demasiada rapidez, como si hubiese estado esperando que la otra suscitase la cuestión, para iniciar una controversia.

Stella la miró con frialdad; pero antes de que pudiese contestar, Martha prosiguió, acentuando, porque estaba resentida, su jocosa protesta:

—No es a mí, sino a ti, a quien le parece imposible que pase yo un nuevo día de matrimonio sin ver al médico. No

puedo entender por qué tenías que pedir hora para esta tarde —se echó a reír, para mitigar su protesta.

—No creas que es tan fácil conseguir hora con el doctor Stern. Tienes suerte de que te lo haya arreglado todo.

Pero Martha no quería mostrarse agradecida. Arqueó las cejas, a punto de iniciar una nueva discusión, pero terminó por encogerse de hombros fastidiada.

Stella volvió a mirarla con frialdad, apretó los labios con calculada condescendencia y exclamó:

—Fíjate, ¡qué vestido tan bonito! Podríamos hacer tiempo mirando escaparates, digo yo.

Y se dirigió hacia una de las tiendas mientras Martha la seguía con desgana. Stella intentaba colocarse de modo que pudiese observar a través de los reflejos del cristal: una franja del toldo de textura amarillenta, una columna gris, manchas difusas, de colores, que cruzaban unas en pos de otras a medida que pasaban los transeúntes. Sin embargo, los vestidos del interior continuaban invisibles, y Stella acabó por contemplar el reflejo de su propia imagen. Y, complacida, inmediatamente desapareció de ella aquel aire suyo, mezcla de picardía y bondad. La imagen reflejada era la de una belleza morena, esbeltamente redondeada, inmovilizada por una distinción voluptuosa. Completa. O al menos completa hasta que llegase la pareja sexual que su actitud hacía esperar; y, cuando él llegase, le miraría despacio, sorprendida, se fingiría indignada, y continuaría su camino, no sin antes dirigirle una mirada larga y ambigua por encima del hombro. De Stella podían esperarse estas reacciones puras, inequívocas. Pasó entonces a contemplar la imagen de Martha, y en seguida se sintió invadida de celo reformador.

Desde el cristal, Martha le devolvía una mirada ansiosa, como si le desagradase lo que veía, pero estuviese resuelta a enfrentarse a ello con toda firmeza. Apoyado en un par de sólidas piernas morenas, parecía su cuerpo el de una rechoncha colegiala. Grandes mechones de pelo rubio le en-

marcaban la cara, ancha y pálida. Los ojos, oscuros, mostraban, una celosa preocupación; la boca estaba prieta.

—Lo que no puedo entender —empezó Martha con aquel humor defensivo que denotaba disposición autocrítica, e incluso la de aceptar las observaciones de otros, siempre que no fueran seguidas de consejos—, lo que no puedo entender es por qué un mes estoy más flaca que un hueso, y al siguiente, gorda como un cerdo. Dices que tienes vestidos que ya llevabas a los dieciséis años. Pues mira, éste es ya el único que me entra —y se echó a reír con amargura mientras intentaba alisar la tela azul, que le formaba arrugas en las caderas.

—Lo que te sucede es que estás cansada —observó Stella—. La verdad es que llevamos semanas sin dormir.

Lo certero de la observación la animó a proseguir. Se encaró a Martha y, resuelta, dijo:

—Deberías arreglarte un poco, con eso bastaría. Este peinado..., si es que llamas a eso peinado, no te va. Si te lo cortases bien, quizá se te rizaría. ¿Te lo has hecho cortar bien alguna vez?

—Pero, Stella —empezó Martha, con una risita débil—, tengo que lavármelo, no está limpio, es sólo... —se tocó el pelo con ambas manos, reculando un paso al ver que Stella se adelantaba dispuesta a mostrarle cómo debía llevarlo.

Tan viva fue la reacción, que Stella se detuvo y exclamó con una risa crispada:

—Bueno, si tanto te molesta...

Martha evocaba la imagen de lo que sin duda había sido sólo tres meses atrás; la imagen de lo que todos habían coincidido en llamar una rubia esbelta. Mirando ahora incrédula a la colegiala gorda que el cristal le mostraba, cerró los ojos desesperada. Volvió a abrirlos al notar en el brazo la mano de Stella. Se apartó bruscamente.

—Tienes que arreglarte. Te voy a llevar ahora mismo a la peluquería, para que te corten ese pelo.

—¡No! —dijo Martha con todas sus fuerzas.

Desencantada, Stella volvió a fijarse en su propia imagen, que de nuevo respondió obediente: entre la lánguida y sugestiva belleza que aparecía en el cristal y el ama de casa enérgica que quería hacerse cargo de Martha no había ninguna relación; ni siquiera eran hermanas.

Contemplando irónicamente a Stella y su afectada postura, pensó que no se hubiese reconocido de haberse visto fugazmente reflejada, mientras paseaba, en uno de los escaparates de la calle, ni de haberse descubierto metiendo en cintura a su marido, frase que no tenía ningún inconveniente en utilizar, incluso delante de él.

Como descubriera, al volverse rápidamente, su mirada, Stella le dijo, enojada, que irían inmediatamente al peluquero.

—No nos da tiempo —suplicó Martha, desesperada.

—Tonterías —replicó Stella.

Y tomando a Martha de la mano, la obligó a seguir calle adelante: la sensualidad de su rostro y de su atractiva figura se había desvanecido por completo ante la urgencia mayor, y el placer, de un buen asesoramiento.

Martha logró soltarse y dijo:

—No quiero cortarme el pelo. —Y luego, como recurso final, añadió—: Voy a llegar tarde a la visita del doctor Stern.

—El doctor Stern te puede visitar en cualquier momento. Yo lo arreglaré. —Preocupada, miró a Martha con enojo y ordenó a continuación—: Espérame aquí. Voy a decirle a la señora Kent que eres amiga, y no me negará el favor.

Y se dirigió apresuradamente calle arriba, para desaparecer en una puerta cuyo rótulo rezaba: *Chez París. Coiffeuse*.

Según permanecía junto al bordillo repetíase Martha que debiera correr tras Stella y bajarle un poco los humos. Pero, invadida por una lasitud que ya le era familiar, se quedó donde estaba. Hubiera querido que Stella la dejase en paz de una vez y se cuidara de su propia vida —supuesto

que tuviera una vida propia—. Y este último hurgonazo de despecho fue como clavar una aguja en la imagen que de sí misma tenía, pues, ¿de quién, sino suya, era la culpa de que hubiera pasado casi todo el último mes en compañía de Stella, de que los cuatro hubiesen emprendido juntos lo que casi había sido una doble luna de miel?

«Y la verdad es que ni siquiera la encuentro agradable...», murmuró con encono, obligándose a reconocer, como siempre hacía en cuanto se quedaba sola, que le disgustaban cuantas cosas se veía obligada a estimar por el hecho de haberse casado.

Aquella exaltación comunal, como una ebriedad, desaparecía en cuanto se quedaba ella sola dejándola exhausta. Pero la verdad es que desde su casamiento apenas había estado sola cinco minutos.

Porque el sol le picaba en la espalda, avanzó para continuar la espera a la sombra de una columna. Miró la calle y los edificios bajos que flanqueaban la acera. A media milla de distancia, donde la calle terminaba, podía percibir la hierba requemada y ondulante del campo africano. El conjunto urbano, sólido y compacto en las calles principales, tendía a desaparecer en cuanto uno llegaba a las laterales. La pequeña ciudad colonial se hallaba en el punto crucial de su crecimiento: en parte ciudad moderna, en parte logro de los pioneros, un enorme edificio de pisos surgía al lado de una destartalada construcción de madera y chapas de hierro, y la mayoría de las arterias morían inesperadamente en un descampado de matojos y hierbas.

Junto a un enorme cobertizo que albergaba una exposición de útiles agrícolas holgazaneaba un grupo de granjeros vestidos de caqui; frente a ellos cruzó un hombre de negocios que llevaba un traje gris de fina franela. Martha siguió con la mirada al hombre, único objeto móvil en toda la abrasada extensión de calle. Se hallaba sumida Martha en una reflexión tan profunda como inquieta. De aquel lago grisáceo brotó la idea: ¿verdad que conozco a ese hombre?

Ello bastó para que, recuperada en parte la agudeza visual, se fijara en el individuo que avanzaba hacia ella, mientras en otro lugar de la mente se decía: cuando Stella vuelva, le aseguraré que no me quiero cortar el pelo, como si aquel pequeño acto de desafío representase una protesta contra toda su situación.

El hombre era alto y bastante corpulento; el traje gris le envolvía como una doble piel que le diese seguridad. Su rostro, ya mayor, era de facciones amplias, y respiraba autoridad debido a su nariz afilada; tenía las mejillas un tanto prominentes, y ojos color avellana, profundos, rematados por espesas cejas negras. Era el tipo de rostro inglés que, con escasas variaciones, había visto presidiendo durante tanto tiempo las paredes destinadas en las fincas campesinas a los cuadros de familia. Era apuesto; pero, aún más, cada rasgo, cada curva cumplía en su rostro una finalidad importante, de absoluta justeza, como si las partículas que lo componían no hubiesen tenido un solo momento de duda en cuanto al lugar en que debían colocarse.

Martha pensó: he aquí otra persona «completa», acabada, a su modo, como Stella resulta acabada. Sintióse desgarrada, sin gracia alguna, neutra, como un mero pedazo de barro... Dejó incluso de observarle, para concentrarse otra vez en sus propias preocupaciones.

También el señor Maynard se hallaba preocupado, aunque sólo una diminuta mueca irónica en sus labios podía revelar si sus preocupaciones eran o no agradables. Vio a la muchacha ensimismada que se hallaba junto a la columna, y casi iba a pasar de largo, pero aminoró el paso: le parecía conocerla. Entonces recordó que, aún no hacía una semana, había oficiado de juez en su casamiento. Martha le miraba sin verle; él se sintió enojado de que no recordase una figura tan importante en lo que seguramente había sido una ceremonia igualmente importante para ella. Este malestar se vio sustituido inmediatamente por una urgencia más sincera: quizá pudiese ella indicarle dónde se en-

contraba su hijo Binkie, si es que alguien conocía su paradero.

Se detuvo con decisión junto a ella, obstruyendo así su mirar preocupado, y saludó:

—Buenas tardes, señora Knowell.

Martha giró rápidamente la cabeza, para ver quién le hablaba, y se sonrojó. Tras mirarle con mayor atención, en seguida exclamó:

—¡Oh, es usted, señor Maynard!

—¿Qué tal le prueba el matrimonio? —preguntó el señor Maynard por poner fin a la violenta situación.

Martha reflexionó profundamente antes de responder:

—Bueno, sólo hace cinco días que nos casamos.

—Una observación muy juiciosa.

Mientras ella le miraba expectante, él reparó, sorprendido, en el cansancio de su aspecto y expresión de infelicidad que tenían sus labios. Y, sin embargo, aquel examen crítico reprimió en el señor Maynard el instinto de instruir. Por algo era magistrado y descendiente de magistrados y terratenientes. Se dio cuenta de que estaba intentando encontrar el tono apropiado. Martha le ahorró toda preocupación, al preguntarle:

—¿Ya ha vuelto a casa Binkie?

—Pensé que quizás usted tuviera noticias tuyas.

—La última vez que le vimos fue ayer, a las dos de la madrugada, cuando nos fuimos de las cataratas. Estaba diciendo que las iba a cruzar a nado aunque fuese lo último que hiciera en su vida. Y seguramente lo hubiese sido —añadió, por completo indiferente.

—Supongo que, además, estaría borracho —apuntó el señor Maynard con una mueca.

—Borracho, no... —Pero seguramente esto le pareció demasiado rudo, porque añadió—: Bueno, no había bebido más que de costumbre.

El señor Maynard la miró con fijeza, comprendió que no era una crítica, sino información dada con la mejor volun-

tad, y dijo:

—Imagino que el hecho de que el río esté infestado de cocodrilos no le iba a detener...

—Oh, estoy segura de que no lo decía en serio —se apresuró a responder en tono maternal—. Es que un grupo de jóvenes dijo que iban a cruzarlas. Aseguran que hace tres años uno intentó nadar hasta la isleta, ya sabe, la que se ve cuando el río está bajo, y las aguas le arrastraron. Se lo recordamos precisamente al irnos. Además, Binkie es demasiado juicioso.

—¿Juicioso, Binkie? —exclamó el señor Maynard, con tremenda amargura.

Sintiéndose incluida en su resentimiento, Martha se apartó un poco al tiempo que comentaba:

—Bueno, yo no soy responsable de lo que él haga...

El señor Maynard dudó antes de acercarse de nuevo a ella.

—Mire, jovencita, me interesa muchísimo saber por qué cree que Binkie es una persona juiciosa. Bebe como una esponja. Si puede pasarse sin trabajar, no da golpe. Y, cuando no arma un escándalo, no deja títere con cabeza allí donde se encuentre.

Procuró dar todo su peso a esas frases, aislándolas para presentárselas como una especie de desafío.

Martha calló un momento, para reflexionar, y observó:

—Siempre sabe lo que hace —y pareció como si este comentario lo explicase todo.

—Me asombra. De verdad me asombra —dijo a la espera de que ella continuase.

Martha le dirigió de pronto una amistosa sonrisa y comentó:

—Yo, de usted, no me preocuparía; dentro de veinte años también será magistrado; no creo que deba inquietarse —y rió, como si la idea le pareciera muy divertida.

—Yo no dilapidé mi juventud. Nosotros no armábamos escándalos ni destrozábamos locales.

Martha arqueó de pronto las cejas.

—¿De verdad? Yo creía que sí, vaya, al menos a juzgar por las novelas. Aunque seguramente en Inglaterra ustedes le debían dar otro nombre a eso.

—¿Ustedes? ¿Qué quiere decir? —preguntó enojado.

Martha le contempló como si temiese una deliberada insidia, y por fin señaló, sonrojándose por tener que ponerse esas palabras en la boca:

—Las clases altas, naturalmente, ¿quién si no?

Irónico, agraviado, el señor Maynard comentó:

—Mi hijo Binkie también utiliza la palabra *vosotros...*, y del mismo modo.

—Precisamente por eso acabará siendo magistrado —Martha se echó a reír, divertida de verdad, y le miró a los ojos, esperando que también él riese.

Pero el señor Maynard, que se sentía herido, no lo hizo.

—¿Se cree inmune a esta ley?

Este giro de la conversación dio inmediatamente en su punto sensible. Perdida la apariencia de confianza con la que se protegía, Martha contrajo el rostro y le miró con un destello de ansiedad, para, luego, desviar la mirada. El señor Maynard no tenía idea de por qué lo hacía.

Se arrepintió, y, conciliador, añadió:

—Bueno, gracias. Seguro que Binkie volverá a aparecer a medianoche. No sé cómo puede pensar que sea posible faltar tres días seguidos de la oficina, sin siquiera telefonar para disculparse... Su jefe me llamó esta mañana. —Y, notando la amargura que cobraba su voz, se apresuró a compensarla con una nota sarcástica—: No crea que le pregunto por interés propio. Por lo que a mí respecta, hace tiempo que decidí que la sociedad no perdería gran cosa si Binkie acabase pasto de los cocodrilos. Pero mi esposa va a estar descompuesta de jaqueca hasta que vuelva.

Seguro de haber terminado la conversación en tono de conveniente dignidad, disponíase a dar media vuelta y des-

pedirse con un «Buenas tardes», cuando sorprendió en Martha una mirada de conmiseración tal, que se detuvo.

Martha le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—Bueno, señor Maynard —empezó precisamente el mismo tono de sarcasmo autocompasivo que él había utilizado—, si Binkie ha aprendido a olvidarse de los terribles dolores de cabeza que causa, debe de ser porque se da cuenta de que, de no hacerlo así, estaría privando a alguien de un placer.

Pero, desmoronada esa frase lógica, agregó torpemente:

—Quiero decir..., todos sabemos que esas neuralgias... además, están tan pasadas de moda —concluyó enojada. Y terminó añadiendo—: Sí, ya sé: por más que las quisiéramos desterradas, las jaquecas siguen existiendo...

Decidido a pasar por alto la última parte de lo dicho, el señor Maynard optó por dedicar a la primera un irónico:

—¡Vaya, vaya!

Aunque sus relaciones con su esposa estaban basadas en ese principio, hubiese considerado poco caballeroso, aun en presencia de amigos varones, formular serias quejas a propósito del «elemento femenino». Y, sin embargo, ahora se hallaba ante una representante de aquel mismo elemento que parecía no ver deslealtad alguna en expresar lo que él consideraba un punto de vista masculino. Lo primero que se le ocurrió fue que había perdido contacto con los jóvenes; y en segundo lugar se dio cuenta de haber pulsado una cuerda que le llevaba a ser instintivamente galante.

Llenando, pues, de cortesía la voz y con un diminuto fulgor de complicidad en los ojos, se le acercó más y dijo:

—Creo que es usted una persona en extremo interesante.

Pero Martha le dedicó una mirada de censura, e incluso se apartó un poco. Él cambió inmediatamente de tono, pero guardó el hallazgo para mejor ocasión.

En voz más baja, como un conspirador, inquirió, los ojos muy abiertos:

—Dígame, señora Knowell, ¿acostumbran ahora los jóvenes a pasar en grupo la luna de miel? En mis tiempos, la luna de miel era una oportunidad de estar a solas.

—Sabe muy bien que hicimos lo imposible por librarnos de Binkie y toda su pandilla —respondió ella resentida.

—Me refería a la otra pareja, a los Mathews.

Por un instante sintió Martha la tentación de repudiarlos también a ellos, pero, era un problema de lealtad, de modo que se echó a reír y aseguró que lo habían pasado maravillosamente y que juntos se habían divertido de lo lindo.

El señor Maynard la observó, antes de enarcar sus gruesas cejas y espetarle con sequedad:

—Al menos, esa es la impresión que da.

Si lo que esperaba era azorarla, sólo consiguió que Martha contuviese una risita, y le mirara a los ojos, con inteligencia. Por lo cual se apresuró él a decir:

—Nuestra generación no ha tenido tanto éxito como para esperar que los jóvenes sigan nuestro ejemplo.

Le parecía que acababa de hacer una concesión de extraordinaria magnanimidad, pero ella sólo sonrió con escepticismo, al tiempo que respondía:

—Gracias.

Se hizo otra pausa. Martha estaba pensando que había en él un aire dieciochista, que, después de todo, tenía su encanto: a menos de cincuenta metros de allí, los agricultores continuaban ociosos, discutiendo de precios y del tiempo y del problema laboral, todo eso a un paso del imponente, marmóreo vestíbulo del cine. Se preguntó entonces si Stella tardaría mucho en regresar. Aquella conversación sobre generaciones tenía un sabor rancio, antañón; se sentía indispuesta contra el señor Maynard, sobre todo por aquel intento suyo de flirtear un poco. Pensó que siempre había un punto en que los hombres, pulsando una especie de botón, parecían esperar que una se transformase en al-

go distinto y capaz de divertirles. Y ese «convertirse en algo distinto» la había llevado a la situación en que se encontraba: casada, firmada y rubricada en contra de todo lo que estaba convencida de ser. Y además —ahí sus emociones se aunaban a una convicción total—, ¡el pobre señor Maynard era tan mayor! Ahora deseaba, ya demasiado tarde, haberle parado los pies: ¡haberse atrevido a pensar que podía merecer una sola mirada suya!

Su voz le hizo prestar atención; le estaba preguntando:

—Quisiera aprovechar esta oportunidad para preguntarle si *los muchachos*, o, si lo prefiere, *la pandilla*, se comportaron tan mal como para que deba esperar una cuenta de daños.

En esta ocasión, bajo su aparente severidad, yacía una petición de ayuda. Martha contestó inmediatamente, compadecida:

—Oh, no se preocupe. Estoy segura de que no sucederá nada.

Él rechazó la compasión, un tanto arisco, mientras decía:

—Me aterra el que Binkie llegue a comportarse tan atrocemente que me vea obligado a dejar mi puesto, aunque, quizás, usted no vea en ello ninguna desgracia —añadió.

Martha resolvió que era un magistrado imponente: ¡qué severidad tenía su voz! Como él no se movía, empezó a hablar, proporcionándole la información que evidentemente esperaba, como quien, ante tanta insistencia, se dispone a hurgar en una herida con un cuchillo.

—Binkie y la pandilla se nos unieron a eso de medianoche. Irrumpimos en uno de los hoteles e hicimos que nos abriesen el bar...

—Illegal —comentó el juez Maynard.

—Desde luego. Entonces nosotros, nosotros cuatro quiero decir, nos las arreglamos para desaparecer mientras la pandilla lo celebraba a conciencia...